



Un buen detective no se casa jamás

Marta Sanz
Anagrama, Barcelona, 2012
314 páginas, 19,90 euros (electrónico: 14,99)

NARRATIVA. ESTA NUEVA NOVELA de Marta Sanz lleva en el pórtico una cita de Chandler, con una precisión: "El amor casi siempre debilita una novela policiaca", y una convicción: "Un buen detective no se casa jamás". Sus lectores veníamos de su novela anterior, con Zarco, el detective gay atado al pasado de su ex, Paula, y cautivo del presente, un hermosísimo Olmo, acaso homenaje a *Novecento*, la película de Bertolucci: hay muchas más referencias cinéfilas. Si es cierto que el amor debilita una novela policiaca, Marta Sanz, ahora, nos da una ambiciosa —obliga a subrayarlo, por inusual— historia en la que el amor, haz y envés, cielo e infierno, lo cubre y lo enreda todo, por eso hay poco que investigar —Zarco es un detective en vacaciones—, por más que lo tenga todo a su alcance ahí, en ese *riurau* —he tenido que ir a Wikipedia— de la costa levantina, donde tres generaciones de mujeres fuertes, una sorprendente estirpe de gemelas monocigóticas, se comportan unas como *mantis religiosas*, otras como frágiles mariposas, en una suerte de gineceo, donde poco hace Zarco, quien además soporta —como un mosquito colado en el oído— los comentarios irritantes de su ex. Una suerte de gineceo donde los odios y los deseos de varias generaciones de gemelas opuestas —una a este lado del espejo y la otra al otro lado, e intercambian— enredan y desenredan una tupida trama familiar, con muertos, sí, qué había esperar en novela con detective, que parece atrapada —la trama, la familia— en los bordes de ese *riurau*: por más que la salida alemana tenga sentido, pues allí aguarda uno de los grandes personajes de esta novela, Janni, la gemela de la fascinante Amparo Orts, la que lleva la bolsa de los dineros, esa gran creación literaria que se casa con un guapo y joven podólogo, pedicuro —los pies, esa fascinación surrealista, permiten conseguidas escenas y reflexiones sobre el poder y los juanetes—, un hombre que atrae a las mujeres, y que se parece irremediablemente a Alain Delon. Marta Sanz no solo consigue poner en pie un torbellino de estupidas criaturas, gemelas monocigóticas, sino además las presenta con tal desparrame lingüístico, con una ambición de estilo y lenguaje tal, que esto incluso fuerza a enfatizarlo en estos tiempos. No dudo de que ya es una de las mayores sorpresas de la primavera. **Javier Goñi**



Hostal Parísien

Antonio Fontana
El Aleph, Barcelona, 2011
193 páginas, 19,50 euros

NARRATIVA. ASÍ QUE NO ERA exactamente París, como decía Nancy LaMott en su canción, pero en el Hostal Parísien las fotografías que colgaban en las paredes recogían imágenes de la Torre Eiffel, el Arco del Triun-

El joven Saramago

Claraboya / Claraboia

José Saramago
Traducción de Pilar del Río / Carles Sans
Alfaguara / Ediciones 62, Madrid / Barcelona, 2012
424 / 368 páginas, 19,50 euros
(electrónico: 9,99 / 15,99)

José Saramago. Un retrato apasionado

Armando Baptista-Bastos
Prólogo y traducción de Pilar del Río
Clave Intelectual, Madrid, 2011
180 páginas, 15 euros

Por Antonio Sáez Delgado

NARRATIVA. ESTE LIBRO tiene dos historias, la externa y la interna, que se abrazan de forma casi insoluble, haciendo un guiño cómplice a la posibilidad de la literatura para vencer al silencio, a la Historia y a la propia muerte. La externa es bien conocida: José Saramago envió el manuscrito de *Claraboya* a un editor portugués en 1953, cuando iniciaba la treintena, pero solo obtuvo una respuesta casi medio siglo después, en el año 1999. Demasiado tiempo de destierro, sin duda, para un joven Saramago que pasó como consecuencia de ello dos décadas de silencio entre su primera novela (*Tierra de pecado*, publicada en 1947) y su siguiente libro, los versos de *Los poemas posibles* (1966). En 1953, cuando Vergílio Ferreira publicaba *Manhã Submersa*, la literatura portuguesa perdía la oportunidad de haber conocido ya esta *Claraboya* que ahora tenemos el privilegio de leer, y perdió la oportunidad de haber transformado radicalmente el camino editorial del novelista que, en 1980, se haría célebre con *Levantado del suelo*. La historia interna del libro es otra bien diferente: *Claraboya* es una novela transgresora para su época y su contexto social desde el punto de vista temático (y probablemente por ello, por no eludir aspectos como el incesto o el amor homosexual, no consiguió ver la luz en su día), que se constituye en un magnífico pórtico de entrada a la catedral que es la obra narrativa de Saramago. Una historia ambientada en Lisboa, con el telón de fondo del salazario, en la que el lector asiste de la mano de un narrador omnisciente



J. Saramago (1922-2010) —agachado—, en los cincuenta.

a las vidas de los personajes que habitan un humilde bloque de vecinos, que servirá de escenario perfecto para adentrarnos en el universo de nostalgias, frustraciones, miedos y anhelos de cada uno de sus habitantes. Un microcosmos, como tantas veces en Saramago, que encuentra y explica los vínculos entre lo local y lo universal, con esa maravillosa mezcla de lucidez y compasión, no exenta de ironía, tan común en el novelista. La cita que abre el libro, del Raúl Brandão que escribiera *Los pobres* en 1906, no deja lugar a dudas: "En todas las almas, como en todas las casas, además de fachada, hay un interior escondido". Pero esta novela es mucho más que todo esto. O también podría decir: la oportunidad de leer esta novela representa mucho más que todo esto. El lector acostumbrado al milagro del torrente narrativo del autor, con su habitual y personal estilo, se sorpre-

derá al leer este "nuevo" Saramago, más sobrio en la expresión, como un minucioso constructor de retratos de almas acoadas por el yugo de la monotonía. Un Saramago, el de *Claraboya*, que nos hace por fin comprender en su plenitud su constante deuda con el neorrealismo portugués (en el que podríamos inscribir esta novela), al que se refiere en una amplia e interesante entrevista concedida al escritor Armando Baptista-Bastos (publicada recientemente en España por Clave Intelectual: *José Saramago. Un retrato apasionado*) como sus raíces literarias, como la genealogía de la que forma parte irremediablemente. Ese neorrealismo que después, filtrado por su personal escepticismo —basado en una visión moral de la Historia—, estuvo siempre presente, de forma latente, en su "mirada literaria", se nos ofrece ahora de forma nítida y plena, dotando de sentido completo a la trayectoria literaria del autor y haciéndonos ver y sentir en cada página que el Saramago que dibuja las vidas del zapatero Silvestre o de la española Carmen es el mismo, en su esencia, que nos deslumbra en novelas como *Memorial del convento* o *La balsa de piedra*. Un libro, en suma, "perdido y hallado en el tiempo", que cierra (y abre, al mismo tiempo) el extraordinario universo de lecturas de José Saramago. •

fo y el orgullo del joven padre frente a las puertas del Molino Rojo. Sí, el padre del autor estaba en todas ellas. ¿O no era así? Con la razón argumental de convertir la memoria en materia narrativa, Antonio Fontana (Málaga, 1964) vierte en *Hostal Parísien* los recuerdos propios y los de otros que le precedieron, transformándolos ya en una hermosa crónica familiar ya en una excelente ficción llena de luz y con un sentido del humor que no desdice la nostalgia. Poderosa en sus desplazamientos memorísticos: Génova, la ciudad de donde proceden sus abuelos pa-

ternos, Madrid, Torremolinos o las calles del Perchel, el barrio de Málaga de la infancia del autor. Ese autor que con imágenes y sensaciones (propias o imaginadas) establece lazos con los personajes, pues Fontana interactúa con ellos sin ejercer como elemento perturbador, en esa crónica que se novela o en esa ficción que cuenta orígenes y procedencia del escritor y su familia. Atrae y atrapa la letra que dice de aventuras cotidianas de distintas generaciones. Ennoblecidas estas por la frescura de la juventud y embellecidas, a pesar de su decrepitud, cuando llega

la vejez. En *Hostal Parísien* hay fuerza narrativa en sus sucesivos escenarios, está el paseo en barca, la ciudad, las calles del Perchel, el hostal de las pelusas voladoras, los escalones del presente y ese episodio donde la puerta entreabierta del baño condensa la batalla que presenta el terrible mal del olvido. Fontana descabarga la memoria dejándola ir sin ataduras pero estableciendo lazos con ella, recomponiéndola, imaginándola. Crea y recrea. Y sí, aquello no debía ser París, ni tal vez las cosas sucedieron exactamente así, pero el escritor así ha querido contarla y ha conseguido que *Hostal Parísien* sea una obra estupenda. **María José Obiol**



Aprender a rezar en la era de la técnica

Gonçalo M. Tavares
Traducción de Rita da Costa
Mondadori, Barcelona, 2012
336 páginas, 19,90 euros

NARRATIVA. CON ESTA NOVELA de título sinuoso cierra Tavares, al parecer, su ciclo dedicado al mal compuesto por *Un hombre*: Klaus Klump, *La máquina de Joseph Walsery y Jerusalén*, todas publicadas en Mondadori. No cabe ya dudar de que el portugués Gonçalo M. Tavares (Luanda, 1970) se ha convertido en un nombre irrenunciable en la actual narrativa europea. Y decimos europea porque su obra se enmarca, o más bien revitaliza, la sediciosa y enérgica tradición que se ha identificado con la caída del Imperio de los Habsburgo, decisiva para la constitución de nuestra desconfianza del mundo. Tavares se diría una emanación de aquel espíritu compulsivo y crítico, una mezcla probable de Karl Kraus, Joseph Roth, Musil y Wittgenstein, u otra emulsión parecida. *Aprender a rezar...* cuenta la biografía maligna de Lenz Buchmann como una psicopatología que rechaza el diagnóstico. Buchmann recibe de su padre el asentamiento en el poder, la fuerza del avasallamiento, la convicción de que los demás son despreciables, el rechazo a toda forma de compasión que lo incluye a él mismo. Es una máquina competente, implacable, con un cerebro muy dotado, para quien leer es consolidar el momento del ataque al mundo; solo puede mandar, despreciar o burlarse, y el alargamiento de la existencia significa que se "podía odiar hasta una edad más tardía". Este hombre es un monstruo, pero también un espejo de nuestra constitución. Tavares no se detiene a prescribir una genealogía del mal; el mal viene dado, en este caso por herencia paterna. Conocemos de Buchmann su fuerza, su dominación, su indiferencia ante el dolor: eminente cirujano durante quince años, abandona su profesión para dedicarse a la política, o más claramente para ejercer el poder más despótico. Y ahí lo alcanza una enfermedad cerebral que lo inutiliza. Sigue siendo infeccioso para los que le rodean, Julia Liegnitz, su secretaria, convertida en enfermera, y su hermano Gustav, sordomudo, comparsas de un drama absurdo; le une a ellos la circunstancia de que el padre de Buchmann matara al padre de los Liegnitz. Tavares omite cualquier componente de intriga; su escritura deriva del choque brutal entre un organismo destruido, ansioso de matar, y la estupidez de seguir vivo. Lenz Buchmann acaba siendo así una caricatura, infecciosa también para el mismo. Tavares irradia una suerte de lúgubre fisiología del mal que toca la zona más sombría del lector. No es una lectura placentera, pero pocos autores despliegan esa lucidez que nos impulsa a ver, en la materia de que estamos hechos, la fecundación de lo peor, tanto en nuestra naturaleza como en la historia. **Francisco Solano**